

mo, desertamos de los reales de Dios, renunciamos el derecho al Paraíso, dimos nuestro nombre para que fuese escrito en el libro de los desertores del Cielo, y nos quedamos solo con el título mentiroso de Soldados de Jesu Christo. Mas no fue tan irreparable nuestra pérdida, que nos quitasse las esperanzas de restablecernos en nuestros derechos, y hacer la guerra con mejor fortuna. El Señor indulta à los desertores bajo la condicion de tomar plaza nuevamente; y presentarse à los pies de sus Ministros. Con esto solo (hecho segun las Pragmaticas del Soberano Legislador) quedan libres del delito de la desercion, y son como antes Soldados con el mismo *Prae*, y animados de nuevo valor para la importante conquista. Estos Soldados, y qualquier otros, que unidos en un cuerpo, à las ordenes de un General emprenden vencer quantos les quieren hacer oposicion en la conquista del Paraíso, no pueden ciertamente échar mano de otras armas mas à proposito, que la Sabiduria.

San Basilio fue uno de los hombres, que hicieron mayores prodigios de valor en estas batallas; pero él debió el triunfo en gran parte à la cultura de las bellas letras. Enseñado con las experiencias de los frutos, que le havia producido esta aplicacion; exorta la Juventud à instruirse en la humanidad leyendo aquellos Oradores, y Poetas de cuyos escritos puede sacar un gran provecho. (1) Anima los Jovenes para que cultiven las letras de los Gentiles à imitacion del Joven Moysès, el qual estudiò los institutos, y disciplinas de los Egipcios; (2) y del Niño Daniel, que tantos progressos hizo en la inteligencia de los ritos, y costumbres de los Caldèos. (3) No todo quanto obraron, y digeron los Gentiles es detestable. En sus obras, y sus senten-

(1) S. Basil. hom. 4. ad Adolescent. *Insuper Poetis, & Oratoribus utendum est unde futura fit aliqua utilitas.* (2) Exod. 11. v. 3. (3) Act. 7. v. 22.

tencias hay que imitar. Yo, dice San Basilio, oír decir à cierto hombre de una gran prudencia, y literatura, que todas las Poesias de Homero se reducian à una alabanza sublime de la virtud, y eran incentivo della. (1) Lo mismo casi pudiera haver dicho de las de Seneca, de Plauton, de Terencio, y de muchas de las Oraciones de Ciceron, de Caton, de Quintiliano, y de Demostenes. *Ea magis eorum recipiamus, dice San Basilio, in quibus virtutem laudaverunt, & vitium vituperaverunt.* Leanse sus escritos, instruyase en ellos la Juventud; pero tome dellos aquello solo, que son exortos à la virtud, y retraimientos de los vicios. Portense en su leyenda como officiosas abejas, que dejado lo amargo de la retama, facan della misma su dulce nectar. Un entendimiento ilustrado con las noticias de quanto creyò, y obrò la Gentilidad, sabe distinguir entre las yervas saludables, y las dañosas, para huir el bocado peligroso de éstas. Sabe el apoyo de sus falsas creencias para desvanecerlas. Sabe los escollos à donde conducen sus libertades para evitarlos. Y puede finalmente tomar lecciones de sus hechos para vencer algunos de los enemigos con quienes tenemos que pelear en esta conquista. La avaricia podemos reprimirla con mirar solo el desinterès, y desprendimiento de Anaxagoras. Si el odio à nuestros enemigos llega à dominarnos, bastará para deponerlo el ejemplo de Focion insigne entre los Griegos. Si la colera se apodera, puede ser remedio para ella la atencion al pacientísimo Socrates. Si el gran monstruo de la sensualidad puesto en el camino del Paraíso quiere disputarnos el passo, podemos hacerlo morir con las armas mismas con que lo mataron un Palemon, y un Espurina. Leanse todas las leyes de los Espartanos, y Lacedemonios, las Filipicas de Ciceron, sus Oraciones por Milon, por Lucio Murena, contra Catilina, &c. Leanse à Seneca. Obser-

R 4

ve-

(1) S. Basil. hom. 4. ad Adolef.

vese à Diogenes. Mirese à Marco Aurelio. En estos monumentos de la Gentilidad se veràn delirios, estupideces, y libertades malditas; pero se veràn tambien maximas saludables, reprehensiones de vicios, exhortaciones à la virtud. Aqui leeràn alabanzas ilustres de la clemencia; alli veràn condenada la injusticia. Este celebra la moderacion; aquel trata de inspirar respeto al Templo, y al Sacerdocio. El uno reputa como dignas solo de risa, y de desprecio todas las grandezas, que adora el mundo; el otro declama contra la incontinencia. Todos finalmente acordandose alguna vez, que son hombres, obran, y dictan segun la razon. San Pablo los leyò con mucho fruto, y no se desdenò adornar algunas de sus Epistolas con las poesias de Epimenides, y Menandro (1) A San Agustín no le pesò haverse dedicado à su leccion, por poder despues (como lo hace frequentemente) servirse de las dotrinas de los Gentiles como de colirios, para abrir los ojos à tantos ciegos. San Geronimo fue versadissimo en este estudio. Hablando de las historias de los Gentiles, especialmente de la de Livio, Pompeyo Trogo, y Justino, dice, que son de suma importancia para la inteligencia de los libros sagrados, especialmente de los ultimos capitulos de Daniel. (1) San Cipriano en su libro contra los Idolos, San Justino en su Apologia à Antonino Pio, San Geronimo contra Joviniano, apenas abren herida à los Gentiles, que no sea con la espada de sus mismos hechos, y dotrinas. Y no obstante, pues, que la cultura de las letras de los Gentiles pueda contribuir tanto à la Christiana Moral; reconozco yo, que el conocimiento de los sucesos obrados en la Era Christiana, es mas capàz de armarnos para la conquista emprendida del Paraíso. La santidad de la Religion, el modo milagroso de propagarse, la rectitud, y celo de los primitivos fieles, la observancia de aquellos fervorosos Chris-

(1) Ad Tit. 1. ad Cor. (2) S. Hieron. in Procem. Danielis.

tianos, la estabilidad, y firmeza de la dotrina, las violencias de los Tiranos, la constancia de los Martires; què otra cosa inspira todo esto junto, sino ardor de Fè, valentia de corazon, intrepidèz de animo, y un deseo grande de portarse como se portaron nuestros mayores? Aquel vengador celoso de los agravios hechos al Santuario, y à la Religion, Mathatias digo, estando ya proximo à hacer el camino de toda carne, creyò ser de su obligacion animar el espiritu belicoso de sus hijos, necessario entonces para la quietud del estado, y la firmeza del culto. Y còmo creereis lo hizo? No quiero, que os cueste el trabajo de leer el cap. 1. del primer libro de los Machabèos. A menos costa quiero que lo sepais. Luego que el agonizante padre mirò todos sus hijos llorosos al rededor de su tarima, les hablò assi: En mi flaqueza, y debilidad estais viendo hijos, que no està lejos la hora de ir al lugar de nuestros padres. Vosotros, y yo estamos viendo, que aora es el tiempo en que la sobervia de nuestros enemigos està pujante. No hemos empezado à encontrar Tiranos en nuestros Principes, sino quando nos hemos hecho enemigos de nuestro Dios. Aora, pues, hijos mios, parece que el Señor quiere dejarse obligar de nuestro rendimiento. De vosotros quiere servirse para hacer ostension de su poder, y de su clemencia. No desmerezcáis una eleccion en que tanto interesa la gloria del Señor, y la vuestra. Sed celadores fieles de la Santa Ley, y no temas sacrificar las vidas por la Religion de nuestros padres. No contéis con vuestras fuerzas, que esto seria poner limites à la providencia: contad con los socorros soberanos tan solemnemente prometidos en las antiguas alianzas. Tened presentes las magnificas obras, que nuestros padres hicieron en sus dias, y hechos imitadores dellas, recibireis una gloria grande, y os adquirireis un nombre, que nunca se borrará de la memoria de los hombres. Luego Mathatias les acuerda à sus hijos las historias principales de la antigüedad. Les hace

una induccion de los hombres, que tuvo de mayor consideracion la nacion escogida. Les renueva la memoria de las acciones de valor, y de los argumentos, que dieron de su Religion. Hecho esto, pone fin à su razonamiento, exhortandolos de nuevo à que peleen para reparar la gloria del Señor, y mantener los privilegios del Santuario. Los hijos de Mathatias recibieron con veneracion los consejos de su padre, y cada uno dellos hizo tantos prodigios de valor en las batallas, que si no hicieron venerar el nombre del Señor à las naciones idolatras, lo hicieron à lo menos temible, y respetable.

Esto que hizo Mathatias con sus hijos, hacen los libros de las historias de la Era de nuestra salud. Ellos nos presentan delante de los ojos una multitud de hombres à quienes nada embarazò para hacer la conquista dichosa del Cielo con felicidad. Ellos nos hablan al corazón, y con ofrecernos las acciones de los Santos, nos persuaden, que no es empresa sobre nuestras fuerzas hacer aquello mismo, que hicieron nuestros mayores. Amàs, que estas lecciones ponen al hombre en un estado en el qual solo se coloca quien las frequenta. Desde un lugar el mas oculto, sin mas telescopio que el de un libro, està mirando quanto sucede en países distantes, y aun todo aquello, que ya dejò de ser. Mira, pero sin peligro, las sangrientas batallas dadas entre los Catholicos, y los Hereges. Vè la sevicia de los Tiranos vencida del sufrimiento de los Martires. Mira los gobiernos de los Pueblos, y sus costumbres; la pureza de las virtudes, y su decadencia; castigada la ambicion, y premiado el desinterès. Vè que ni los Monarcas son delinquentes impunemente, pues sus Vassallos mismos son Ministros encargados de las divinas venganzas. Sin moverse de un puesto camina en una tarde hasta el Coliseo de Roma, y se admira de las atenciones, que usan las fieras con los primeros Christianos. De alli passa à la España, y se maravilla del celo de aquellos prime-

ros Obreros, cuya constancia no pudieron doblar, ni la fiereza de los Prefectos Romanos; ni la crueldad de los Arianos Godos. Toma el viage para Alemania, y es testigo de los triunfos con que se coronan los Justos, y de los rayos, que vibra el Cielo contra los perversos. De alli toma la buelta para Francia, y mira las distintas situaciones, que toma la Religion. Sus Principes, unos hechos modelos de Religion, y piedad; otros de abominacion, y rebeldia. Sin mas fatiga, que mover los ojos, y doblar las hojas, mira en la carcel al bendito preso San Hermenegildo. Asiste en Milan al Bautismo de San Agustin. Hallase presente en Roma à las honorificas exequias de San Alexo. Consuela à San Juan Chrysostomo en su destierro. Mira en Dinamarca las venganzas, que toma el Cielo por la muerte de San Canuto. Es testigo en Bohemia del severissimo castigo de la abominable Drahomira. Y si en todas estas leyendas advierte, no solo la firmeza de nuestra Religion, sino tambien la inconstancia, la inestabilidad, y la variedad de las cosas del mundo, como podrá menos qualquiera de apetecer los bienes eternos, que solo son durables, y verdaderos?

El Maximo Dotor San Geronimo tuvo razon para decir, que en estos libros se halla una medicina capaz de purgar los corazones de todos los vicios, (1) porque ciertamente no hay enfermedad de que no cure su leccion. Si el corazon està caido, al punto lo levanta; si sobervio, lo humilla; si frio, lo enciende; si triste, lo dilata; si timido, lo anima; si ambicioso, lo modera; si corrompido, lo sana. San Agustin à la eleccion de un libro debió el que se le dissipassen las tinieblas de sus errores, y se le serenasse la gran borrasca de sus perplejidades, y dudas. (2) San Justino Martir venció con la eleccion de los santos libros los lazos del Gen-

ti-

(1) D. Hieron. epist. ad Domac. tom. 3. (2) S. Agustin. lib. 8. Confes. cap. 12.

tilísimo, que le tenían preso. (1) Un libro de Vidas de Santos fue la espada, que sostenía la mano del grande Ignacio de Loyola en el lance que propuso con mayores veras conquistar una Colonia en el Paraíso. Los libros, que compuso Benigno Bossuet de la Historia de las variaciones de las Iglesias protestantes han convertido innumerables Hereges, con el hecho mismo de presentarles tantas alteraciones, y volubilidades de sus creencias, y sus ritus; quedando persuadidos con esto, que su religion es pura invencion humana, y sus dogmas salvos condutos para la impureza, y la libertad. (2) Pero Señores, como en todas las guerras haya mas que temerse de la sagacidad, y astucia del enemigo, que de su poder, es necessario antes de infundir valor en los Soldados, hacerlos cuerdos, y prudentes para descubrir las intenciones del enemigo. No se mirara Sifara, General de Jabín, clavado contra la tierra, si se temiera como era razon de una muger, que le acariciaba, siendo de contraria religion. (3) No llorara Israel tantas víctimas sacrificadas al divino enojo, si supiera conocer, que para hacerlos delinquentes se componian las hijas de Moab, y los combidaban à sus impurezas, y sacrificios. (4) Los Romanos no se miraran deshechos en el mar, si llegaran à entender, que la fuga de los Cartaginenses era artificio para portarse despues con mayor animo. (5) Aquel Rey; cuyo nombre no tengo à mano quien me lo acuerde, no se lamentaria de la pérdida de la Plaza, y destrozo de su guarnicion, sino huviera consentido en la astuta propuesta de Cneo Pompeyo de admitir en su Ciudad à los Soldados, que tenia heridos en su egercito; pues debiera conocer, que los Soldados enfermos algun dia podian estar sanos, y debia temerse dellos como de enemigos.

No

(1) Barón. anno 130. cap. 5. (2) M. Flor. Clau. Hist. en la Dedic. n. 8. (3) Judic. cap. 4. cap. 21. (4) Nun. cap. 25. (5) Polib. lib. 1. Hist.

No hay cosa mas frecuente en las batallas, que llamar al enemigo, aunque sea sacrificando alguna gente para obligarle à dejar el terreno ventajoso. Arrojan por las murallas en los sitios los viveres mas preciosos, y precisos, à las bestias, para quitarle al enemigo la esperanza de obligarlos à rendirse por la hambre. Se cede el terreno muchas veces para dar fuego à las minas apenas lo ocupe el enemigo. Se defiende con porfia, y gran pérdida una plaza; pero es para entretener al enemigo mientras se camina à atacar otra, que es la llave de la guerra. Esto que sucede, Señores, en las conquistas del mundo, sucede tambien en las del Cielo. El Demonio, es, quien con el egercito de sus furias quiere disputarnos la conquista del Paraíso. Quantos Hereges han levantado cabeza han sido otros tantos foragidos ocultos en sus emboscadas para atajarnos el passo à todo arresto. Nos llaman con el dulce cebo de sus libertades, para que nos hagamos de su vando. Fingen trabajo en los preceptos, y quieren persuadirnos, que no son practicables como nosotros las entendemos las leyes del Evangelio. Procuran quitarle à la Doctrina de Christo toda su severidad, y à titulo de haver dicho el Salvador, que el yugo de su ley era suave, (1) condenan el precepto del ayuno, y se rien como de necedades de todos los rigores de los Santos. Ostentan pasar una vida tranquila, y llena de dulzuras, para que les embidemos su dicha. Representan el camino del Cielo lleno de monstruos, y de espinas, para intimidarnos. El camino del Infierno le adornan con flores de deleytes, y de riquezas, para combidarnos à que le trillemos. Con el pretexto de instruirnos, ponen delante los sagrados libros, à quienes ellos llaman tambien prontuarios de verdades catolicas. Luego poco à poco van destilando su veneno. Hacen à su

(1) Matth. cap. 11. v. 30.

malignidad interprete de las sagradas Escrituras. Consultan con sus pasiones para su inteligencia, y concluyen estableciendo doctrinas detestables, y repugnantes à la sinceridad del Evangelio, y à la razon. Quiere Lutero establecer, que el que tiene fe confidencial, tiene quanto ha menester para salvarse; pues para tener apoyo en el Apostol San Pablo, corrompe la Escritura, y añade *solam* à aquellas palabras del Apostol à los Romanos: *Arbitramur hominem justificari per fidem.* (1) Aquel maligno, y asturissimo Molinos, que vomitado del infierno para dilatar sus conquistas, nunca se dejó ver en las campañas, sino que pelèd siempre à sombra de tejado, què de inmundicias no tolera como licitas à rebueltas del especioso pretexto de la aniquilacion propia, y la inaccion? Dulcino, Melançon, Oecolampadio, y todos sus sequaces, què peligros tan especiosos no han ofrecido? De quantos estratagemas han usado para hacer parecer bien las mas vergonzosas desembolturas? Estas traiciones ocultas de los Hereges, y estos artificios malignantes no se vencen, Señores, sino con el estudio de las Theologias. Los PP. y DD. de la Iglesia, estas fueron las espadas, que manejaron para deshacerse de estos enemigos, que se les oponian en la conquista del Cielo. De las Theologias Expositiva, Dogmatica, Escolastica, y Moral tomaron armas, no solo para vencerlos à cuerpo descubierto en los Concilios, y las Academias, sino para prevenir sus intenciones, y eludir las; conocer sus astucias, y vencerlas; penetrar sus estratagemas, y deshacerlos. Con el estudio de las Theologias alcanzaron à señalar el lugar de sus emboscadas, para caminar de prevenccion; sus retiradas para ir à atacarlos en ellas mismas; sus desfiladeros, para tomarlos; sus castillos, para demolerlos. Tienden sus lazos los Hereges para coger en ellos à los que caminan à la conquista del Cielo. Los dissimulan ocultando-
los

(1) Rom. cap. 3.

los entre las flores de las delicias: pero: *Frustra jactur rete ante oculos pennatorum;* (1) pues las luces de la sagrada Theologia vencen todos los conatos de los impios, y guian el pie con seguridad, mostrando el peligro para que se evite la caída. Esta arma de la Sabiduria sagrada les sirve à los conquistadores del Cielo, de terrero para recibir sin daño las balas de Satanàs, de escudo para defenderse de sus faetas, de espia para saber sus intenciones, de atalaya para observar sus movimientos, de centinela para evitar la sorpresa, y de espada finalmente para partirle el corazon à quien les quiere hacer perder un passo de terreno en esta conquista.

Las ciencias naturales aunque no son armas capaces para conquistar con ellas solas el Paraíso, contribuyen mucho para jugar con destreza, y con valor la espada de la sagrada Sabiduria. Sirven à las veces de vanguardia para recibir los primeros tiros del enemigo, y hacerle tambien su fuego para defarmarle. Estas ciencias hacen à los Soldados politicos, civiles, y agradables, y les dan no sè que gracia, y esplendor, que los distingue entre todos los hombres. La Rhetorica, quièn no sabe, que es la piedra donde se afilan las espadas de todas las ciencias para vibrar los golpes con fortuna sobre nuestros enemigos en la pretendida conquista? Ella es un Arte de hablar bien para persuadir. Con esto solo se deja entender su necesidad; pues debiendo ser la lengua, la mano, que manege las armas de la sabiduria en esta expedicion, serà inutil el egercicio, si falta el arte de gobernar las acciones, y los movimientos. De què sirve saber, si lo que se sabe, no se sabe decir con un modo agradable, que enamore, que arrebate, que persuada? Todas las ciencias tienen sus determinadas materias sobre que egercitarse: como la Mathematica sus demostraciones, la Jurisprudencia sus drechos, la Fifica el cuerpo natural, la Astrologia sus
sus

(1) Prov. cap. 1. v. 17.

sus esferas ; pero la Retorica como Reyna de todas las Artes , segun la intitulò Ciceron , (1) estiende su jurisdiccion sobre las materias de todas las ciencias. Todas se rinden à ella como à su Soberana, y se honran con obedecer sus preceptos. El Theologo , el Medico , el Jurisperito toman sus reglas para dar esplendor à sus Facultades. En esta conquista del Cielo , de que vamos hablando , se ofrece à cada passo vencer un enemigo , que se nos opone. El modo de pelear contra ellos , es , promoviendo afectos , ablandando animos feroces , levantando corazones caidos , doblando voluntades rebeldes , desarmando entendimientos preocupados. Y què arma mas valiente para conseguir estos triunfos , que la Retorica , cuyo fin es mover , y persuadir ? A Pericles llamaron los antiguos Olimpo , porque decian , que orando parecia que tronaba : (2) tal era la viva fuerza de su persuasion. Los Politicos han atribuido à la Oratoria todas las utilidades de las Republicas. (3) Los Principes la han solicitado para hacer sus conquistas con fortuna. El Rey Agamenon para conquistar à Troya , decia , que mas queria à siete Nestores , que siete Ayaces. (4) El Rey Pirro publicaba , que mas Ciudades havia vencido con la eloquencia de Cyneas , que con la fuerza de los Soldados. (5) Los Capitanes en la antiguedad oraban à sus Soldados antes de entrar en las batallas , para infundirles valor en el corazon. Por estas experiencias decia Demetrio , que tanto podia la eloquencia en la Republica , como el hierro en la guerra. (6) No os arrepintais por tanto , Nobles Congregantes , de haver gastado tiempo en cultivar la Retorica , pues ella harà preciosa qualquiera empresa vuestra. Amàs , que abastecidos destas armas de la eloquencia , manejareis con fortuna la espada de la Sabiduria en esta conquista , para la qual animo vuestro valor.

(1) Cic. lib. 2. de Orat. (2) Tor. en la Filosof. de Princip.
 (3) P. Mendoza orat. 19. in laud. Rhetor. (4) Maced. Ave, &c.
 p. 1. cap. 27. (5) D. Hier. in Prol. ad Paulin. (6) Maced. p. 1. cap. 27.

Pèro como un egercito para hacer conquistas no necesite solo de armas , sino de unir las fuerzas , ò dividir las segun lo pidieren las diversas situaciones ; para esto , y para evitar el desorden , y la confusion necessita tambien de un General , que lo mande ; y atendida la calidad de la empresa , y de los Soldados , ningun otro General debe mandarles , que San Luis Gonzaga , à quien nada falta para ser honrado con la qualidad de Gefe para esta expedicion. Sus pocos años no pueden alegarse para negarle el honor de General ; pues la prudencia , y la madurez sazonaron su Juventud. El ha servido en esta conquista desde tan temprano , que aun antes de acabar de nacer ya fundò su drecho al Paraíso ; como si el Cielo impaciente de tener en sus registros un alma tan preciosa , no pudiesse sufrir las tardanzas perezosas de la naturaleza. Aun no havia saludado Luis esta bella luz , ya por medio del Bautismo se leia su nombre en el libro de los Soldados alistados para la conquista del Paraíso. Y aunque no encaneciò en estas batallas , señalò todas sus acciones con tanto valor , que mereciò adelantarse à otros Soldados mas veteranos. La Nobleza , prenda , sino necesaria , à lo menos muy importante para hacer recomendable la persona de un General , la tuvo nuestro Luis en tanto grado , que dudo haya Principe , que pueda alabarse de prosapia mas illustre , que la suya. El pudo preciarse de un linage mas alto , que aquel de que tanto se lisongeaban los descendientes de las estirpes clarísimas de los Cornelios , y los Scipiones. La sangre , que corria por sus venas la recibió de los Marqueses de Castellon , consanguineos de las primeras casas de la Europa. Austria , Medicis , Lorena , Mantua , Baviera , y otros Principes de la Nobleza mas distinguida , se honran con el parentesco de nuestro Luis. (1) Brillò su cuna con tantas luces de sus nobilísimos ascendientes , que si se

Tom. I.

S

exa-

(1) Boland. Act. S. in vita S. Aloyf. Gonz.

examinan à fondo los monumentos de la antigüedad, apenas se hallará Casa distinguida en toda la Italia, y aun en Alemania, de quien no corran algunas gotas de sangre por las venas de nuestro Santo. Sangre ciertamente preciosísima la fuya, solo despreciable en su estimacion, pues la derramaba tan prodigo en la tierra à golpes de diciplinas tan desapiadadas. Tan noble como he dicho fue Luis, y haviedo de mandar esta expedicion, podrá servirse de su grandeza para sostener la autoridad: porque quien no sabe, que sirve la nobleza al General para hacerse respetable à los Soldados. Sus ordenes se reciben con mayor gusto, y se egecutan con prontitud. Se teme el quebrantamiento de sus ordenanzas, y passa el egercito por todas las incomodidades con alegría, mirando à la mayor grandeza que no rehusa las penalidades, y los trabajos. Debe qualquiera General ponerse à la frente de su egercito para inspirar valor en el corazon de sus Soldados. Debe proponerse egemplo de quien aprendan à no temer en los abances, y à romper à qualquiera costa todos los embarazos, que se les opongán. Debe obrar primero todo aquello à que quiere animar à sus Soldados. Esta ha sido la conducta de aquellos Generales, que se han hecho lugar en las historias por su valor, y por su prudencia. Se alaba à Julio Cesar, porque quando mandaba las Milicias Romanas como General, nunca les dijo: Id à tomar tal plaza, atacad al enemigo en aquel monte donde se ha fortificado, forzadle en aquellas trincheras, sino: Venid conmigo, acompañadme, seguidme. (1) El Emperador Severo sirviendo de Caudillo à sus Soldados, caminaba à pie, y descubierta la cabeza entre las nieves, y los yelos. (2) Lo mismo afirman de Julio Cesar, Suetonio, de Caton, Lucano; y Tacito, de Othon.

Y siendo esto así, que Joven no entrará con gusto en esta

(1) Juan Sarisb. lib. 4. Polic. cap. 3. (2) Herod. lib. 1.

esta conquista del Paraíso, y hará prodigios de valor militando à los ordenes de un General como Luis, en quien miran un empeño tan constante de conquistar el Cielo à toda fuerza con las armas de sus soberanas virtudes? Y que virtudes, Señores, que virtudes? Yo quando considero el rigor de vida de nuestro Joven Luis, me persuado, que él debía subir sobre la columna del penitentísimo Stelita para dejar escrito en ella con caractères sangrientos el *non plus ultra* de la tolerancia Christiana. En la edad tan temprana, como inocente de once años, se aventajò en las asperezas, y los rigores à los delinquentes mas famosos, y mas desengañados. Su comida, pan solo, en tanta escasez, (oíd penitentes habitadores santísimos de los desiertos, y confundios) que hecha la experiencia se hallò no exceder su rustico alimento de una escasa onza de pan. Sus cilicios tan crueles, que llegaban no solo à herir, sino à despedazar sus inocentes carnes. Aconsejado de una mortificacion ingeniosa de novedades, para hacer mas veloces los rapidos vuelos de su penitencia, acostumbra à ceñirse apretadamente los acicates destinados à los cavallos. Destrozaban su cuerpo las estrellas de hierro, mientas las de oro estaban en el Cielo llenas de embidia, por no poder llegar à nuestro Santo, honrandose con coronar se inocencia. Atendidos los fervores de nuestro Joven Luis, temeria qualquiera, como temió su madre, que la dureza, y severidad de su trato acabasse con su vida. El Señor queria conservarsela hasta los 21. años, para que llenasse de egemplos à la Juventud, y de confusion à la ancianidad; y así dispuso la Providencia, que entrasse en la Religion del gran Padre San Ignacio, donde tenia prevenida la autoridad, y la prudencia, para que pudiesen limite à sus rigores. La autoridad del Superior puso discrecion à sus penitencias, permitiendole solo aquel desahogo, à que se podia condescender, atendiendo à un mismo tiempo à conservar su vida, y sus fervores. Y esta era la penitencia mas